

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LXI

MADRID, 4 DE FEBRERO DE 1934

M I S C H K A



Nuestra historia empieza en otoño. Las primeras hojas secas caen al suelo y bailan delante de los cascos de unos caballos delgados. Los animales, cansados, bajan las cabezas, porque han hecho un largo viaje y han tirado una carga pesada.

Son pobres caballos demacrados y tiran de unos grandes carros chirriantes. Son ve-

los cristales rotos. Esta flota como una bandera en el aire.

Las mujeres llevan faldas de muchos colores y muchas pliegues, y debajo de sus enmarañados pelos negros relucen grandes y brillantes pendientes.

Hombres, con sombreros de alas anchas, guían los caballos y buscan con sus ojos os-



culos incómodos, y los que los acompañan son gentes nómadas, morenas. El son de sus pasos apresurados acompaña al traqueteo de las ruedas viejas y al trote de los caballos.

Tres raros vehículos pasan por la carretera del bosque. El aire sacude el toldo del último carro y saca una cortina sucia por

cursos, a derecha y a izquierda, un campamento conveniente. Los pies, cansados, están deseando el descanso. Entre las ruedas corren dos perros de un tamaño regular. Parece que se encuentran en este sitio más seguros de no ser atacados por los perros rabiosos del cercano pueblo.

Por último, viene el orgullo de la tropa,

un oso negro. Un chaval le lleva atado a una cadena, que está fijada en una anilla en la nariz de este animal fuerte.

Pero Trol no es malo. Desde que vió la luz ha vivido al lado de esta gente nómada, morena, ha enseñado sus artes y su destreza a ciudadanos y a la gente de pueblo y ha dado vueltas con su cuerpo pesado, bailando al son de la música.

Todas sus ansias de libertad se han desvanecido en el curso de tantos años de viajes fatigosos con escasa comida; como atontado trotaba detrás del carro y está deseando nada más que una corteza de pan seco y un rinconcito de descanso.

Y, por fin, lo han hallado. Los coches han abandonado la carretera principal y han parado en un claro del bosque. Los caballos bajan husmeando la cabeza y empiezan a arrancar la hierba. Los perros se echan jadeantes en el suelo blando, y Trol, gruñiendo satisfecho, extiende sus miembros cansados a su gusto.

Pero dentro del coche empieza a despertarse la vida. Mira cuantos chiquillos, de cabezas enmarañadas, saltan y ruedan abajo por los escalones del carro. Y doble número de pies, desnudos y morenos, pisa la hierba, y en un momento nace allí una vida ruidosa.

Recogen leña, y encima de la llama, chisporroteando, está colgado el caldero, y una vieja de la tribu meneaba su contenido humeante. Hombres de una vida errante se han echado en la hierba; han llegado a su meta, que nunca es final, porque ya mañana estarán otra vez andando por el mundo.

Falditas de muchos colores, pantaloncitos haraposos se ven, y otra vez desaparecen entre los troncos, y el incomprensible chapurreo de sus fuertes voces penetra la tranquilidad del bosque.

Los niños se han esparcido por los cuatro vientos; pero no se han marchado sin rumbo estas criaturas graciosas y monas. Su

actividad, tanto tiempo parada en el largo viaje, se desarrolla de un modo maravilloso en nada de tiempo.

Como si las ardillas y el turón hubieran sido sus maestros, así ellos recogen y buscan todo lo que les pueda servir de algo.

Mischka busca moras dulces en su faldita rota y colorada. Las moras son tan oscuras como sus ojos negros. Los pequeños recogen bellotas y los chicos mayores encuentran avellanas y leña.

Un grito de alegría anuncia el hallazgo de algo bueno. En efecto. Alexei ha encontrado un erizo rollizo, y la carne del erizo es el plato favorito de esta gente.

Cuno ha puesto un cepo para las liebres; Zdenko ha descubierto un solitario cortijo a orillas del bosque. Se pone al acecho para ver si puede apoderarse de una u otra gallina atrevida que sale hacia el bosque. Antes de darse cuenta de la pérdida del aldeaño, ellos estarán ya muy lejos.

Mañana Trol bailará en el pueblo lejano, y va a divertir a los chiquillos con su dudosa gracia. El capitán de la tropa arreglará el caballo, para que reluzca su piel; le echará alcohol por la boca, para que parezca más fogoso y levante la cabeza y la cola valientemente. Entonces su esperanza está en que pueda cambiar su caballo viejo blanco por un fuerte caballo de los aldeanos.

Algunas mujeres dirán la suerte a las supersticiosas muchachas del pueblo; pero la guapa Maritza despierta la compasión de la gente cuando va acompañada de otros chiquillos con un niño de pecho, llorando, en brazos, de puerta en puerta, pidiendo limosna.

Así ha sido siempre; los niños no saben otra cosa. Quieren vivir sin trabajar con regularidad; andan de pueblo en pueblo en continuo movimiento y quieren recoger donde otros han sembrado.

(Continuará)

SERVIR A DIOS

Algunas veces es muy difícil hacer dos cosas al mismo tiempo. ¿Habéis tratado de frotar con una mano vuestro estómago y de dar golpecitos en vuestra cabeza con la otra mano al mismo tiempo? Tratad, primero, dad golpecitos en la cabeza y frotad el estómago; después, haced lo contrario, frotar la cabeza y dar golpecitos en el estómago. Entonces cambiad de manos. Veréis que es difícil de hacerlo bien, aunque, si tratamos muchas veces, podremos llegar a hacerlo sin dificultad.

Pero hay dos cosas en este mundo que nunca podremos hacer al mismo tiempo, no importa si tratamos muchas veces. Ninguno puede servir a dos señores a la misma vez. El Señor Jesús así lo dijo. No podréis servir a Dios y a Satanás.

Ninguno de nosotros quiere ser siervo de Satanás. El es un mal amo, y nunca hace nada bueno para aquellos que le sirven. El los engaña diciéndoles que les pagará bien; pero no es verdad, nunca el Diablo da nada bueno. Todo aquel que le sirve recibirá la paga del pecado, que es muerte. Ninguno de sus siervos es realmente feliz, porque él no tiene gozo ni satisfacción que dar. El mismo no es feliz.

Dios es el mejor Amo que podéis tener. Sus siervos están contentos porque El les da fuerzas y les ayuda en todo y cuida de ellos y les premia por su trabajo. Ellos saben que Dios les dará todo lo que necesitan, y, además, muchas bendiciones más. ¿Cómo podemos llegar a ser siervos de Dios? Solamente de una manera, esto es: creyendo en Jesucristo, que El es el Salvador y que vino a este mundo a morir por nosotros. Si hacemos esto, entonces Dios quitará nuestros pecados y nos hará sus hijos, por la fe, y entonces podremos servir a Dios y tenerle por Señor.

Muchas veces sucede que después de haber creído en Jesucristo nos vamos lejos de El y servimos a Satanás. ¡Qué terrible es esto! Pero eso es lo que Satanás siempre trata de hacer. Si él puede robar a los siervos de Dios, aunque sea por cinco minutos, él está contento. ¿Habéis mentido o hecho trampa en la escuela, o habéis desobedecido y dicho cosas feas? Todo esto es servir a Satanás. Cuando os encontráis yendo lejos de Dios hacia Satanás, venid a Dios pronto y pedidle perdón, El os ayudará a no hacer estas cosas malas.

Hay muchas cosas que podéis hacer para servir a Dios. Hace mucho, mucho tiempo, una moza fué llevada cautiva a un país extraño. Allí fué hecha esclava de un señor muy rico; pero muy infeliz, pues padecía de una enfermedad terrible e incurable. La moza esclava era una sierva fiel del Dios verdadero, aun cuando estaba lejos de su país y de los suyos. Esta moza, un día dijo a su amo:

—Oh, yo quisiera que el señor fuera a mi país, porque allí hay un profeta de Dios que hace milagros, y si mi señor fuera a él, él le curaría de su enfermedad.

Ella sabía del poder inmenso de Dios. Su Señor oyó lo que la moza decía de su gran Dios y quiso ver si era verdad, de manera que emprendió el viaje al país de la muchacha. Allí encontró al profeta, y el Dios todopoderoso le curó completamente de su incurable enfermedad. Pero lo mejor de todo fué que este señor rico creyó en el Dios verdadero y dejó de adorar ídolos como era su costumbre.

Vosotros también podréis ser testigos de Jesucristo donde quiera que estéis, lo mismo que hizo la moza de nuestra historia. Decid a vuestros amigos y compañeros del gran amor de Jesús, el Salvador que murió

por ellos, y que serán felices si en El creen.

No tratéis de servir a Dios y a Satanás a un mismo tiempo. Eso es algo que nunca puede hacerse. Servid a Dios, El es el mejor Amo.

Hay muchas piedras que parecen feas y ordinarias vistas a simple vista, pero si supiérais mucho acerca de las rocas os alegraríais mucho de encontrarlas, porque por dentro encontraríais que están llenas de un cristal precioso. Lo mismo pasa con algunas personas. Algunas veces encontramos niños y

niñas, y también personas mayores, que sus caras no son bonitas, y tal vez sus vestidos no son de los mejores, pero sus corazones están llenos de cosas hermosas como amor y bondad. Cuando querráis buscar amigos, escoged los que tengan corazón hermoso. Dios nunca mira la apariencia, sino él ve el corazón. El puede hacer que amor y felicidad y gozo, paz y tolerancia y bondad y caridad crezcan en vuestros corazones si a Dios se lo pedís, y le obedecéis en todo.

El retrato de su madre

El rey de Inglaterra, Eduardo VII, que durante cincuenta años fué príncipe de Gales, pasaba por ser un buen vividor.

Paseando un día por el campo se encontró con una buena mujer que iba a vender huevos en el mercado.

—¿Son frescos?—la pregunta.

—¡Ya lo creo!—contestó la aldeana, que no conocía al joven.

—Pues bien; a mí me gustan con delirio los huevos frescos. Vamos a ver; usted me da todos los huevos y yo le daré el retrato de mi madre.

—¡Ay, señor!—dijo la pobre viejecita—. ¿Y qué hago yo con el retrato de su madre?

—¿Quién sabe?—contestó el príncipe.

Y cuando ya se acercaban al mercado, con

una mano agarró la cesta y con la otra ofreció a la paisana, todo admirada, una hermosa pieza de oro con el busto de la reina Victoria, su madre.

(Traducido de "Le Jeune Croisé".)

Muy distraído

Durand entra en su casa a la hora de comer.

—He olvidado mi paraguas esta mañana dentro de un almacén—dice a su esposa.

La señora Durand conoce bien el flaco de su marido.

—¿Cómo has podido recordar que lo habías olvidado?—le pregunta.

—La verdad, no me habría apercibido, si no hubiera levantado la mano para cerrarlo cuando cesó de llover.

(Traducido de "Le Jeune Croisé", de l'Armée du Salut.)

PRECIOS DE SUSCRIPCION. --Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Imp. CASTILLA.—Marqués de Urquijo, 10.—Madrid